

¡EL HALLAZGO DE LOS HALLAZGOS!
DOMINGO XVII PER ANNUM
17 de Julio de 2.011

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra. Mateo 13, 44.46

El tesoro escondido es el Reino de Dios y el hombre que lo encuentra, como por un golpe de suerte, es consciente de su dicha hasta el punto que, en lugar de soñar en todo aquello que él podría comprar con este tesoro, piensa en lo imperdonable que sería dejarlo escapar una vez encontrado. La parábola pone de relieve no tanto ya el sacrificio de este hombre cuanto el motivo del mismo, el hallazgo del Reino que se considera como una suerte en la vida a la cual hay que conformar en adelante todo lo demás.

El comerciante es, asimismo, el Reino de Dios comparado no ya a una cosa (tesoro, red) sino a una persona como ocurre en la parábola del samaritano, del buen pastor o del sembrador, símbolos los tres del mismo Dios o de su Cristo. Esta parábola de la perla preciosa experimentó muy pronto una alegorización para designar a Dios Padre estableciendo su Reino, su presencia, su fuerza salvadora universal, sobre la Humanidad (representada por la perla según un simbolismo corriente en aquella época) vendiendo todo aquello que poseía (su Divinidad "humillada" en la encarnación de su Hijo), mediante una kénosis divina, una expropiación, un vaciamiento de su condición de Dios.

Se trata, en ambos casos, del encuentro entre Dios y el hombre, encuentro en el que cada persona, tras haber dado existencialmente con Cristo y haberse dejado seducir por Él y los valores evangélicos, sigue a Cristo como el supremo tesoro de su vida de hombre fiel y afortunado. Encuentro que no se realizará plenamente más que al término de la fase última de la historia del mundo, tras el esfuerzo de renuncia, de desposesión, de relativización del hombre mismo y de sus valores, en el tiempo y durante el tiempo de la espera, entretiempos de paciente y perseverante posesión siempre incompleta y arriesgada de dicho tesoro y perla del Reino...

Unas breves preguntas, al hilo de lo anterior. ¿Somos capaces de concebir y presentar el cristianismo, no como pesada carga de deberes y obligaciones que llevar, sino como descubrimiento gozoso, como posibilidad gratuita y gratificante de hacernos auténticos, humanos, divinos, ligeros, libres, plenos? ¿O es para nosotros el tesoro y la perla del Reino de Dios un añadido a todo lo que ya poseemos y que queremos tener bien agarrado? ¿Es Cristo, hombre-Dios en quien el hombre

encuentra para el camino y la meta la plenitud de su verdad y su vida , lo es todo para nosotros, la única cosa necesaria, que nos incita, sin demasiadas lamentaciones y nostalgias de vista hacia atrás, a no idolatrar lo que somos y tenemos, dado que en Él vemos purificadas, asumidas y trascendidas nuestras mayores y mejores riquezas humanas? El dar con Cristo y los hermanos ¿ha sido algo estupendo, excepcional, una experiencia desconcertante, a partir de la cual ha cambiado o puede cambiar toda nuestra vida, convertido nuestro corazón de piedra en corazón de carne, y nuestro corazón de carne en corazón de Dios, sin plusvalorar los sufrimiento de esta vida en comparación con la gloria que nos espera...? ¿Es verdad, por fin, para nosotros lo que tantas veces repite Benedicto XVI, y que sin duda volverá a decirles especialmente a los jóvenes en la JMJ: Cristo no quita, nada, lo pone todo? ¡Menudo Tesoro, menuda Perla nos ha puesto el Padre, dador de todo bien, al alcance de todos los buscadores! ¡Como para enloquecer de gratitud y de alabanza y de adoración!

Juan Sánchez Trujillo